Tom. III. Num. 54. —25— 21 de Abril de 1844.

# LA RISA,

ENCICLOPEDIA DE ESTRAVAGANCIAS.

## GRACIAS DE LOS NIÑOS.

No hay placer en el mundo que comparase pueda al placer de ser padre, á no ser que sea el placer de ser madre. Esta verdad no es nueva, pero es consoladora, y muy á propósito para hacer que renuncien al celibato hasta los enemigos mas furibundos del santo matrimonio. Con todo, no temo yo declarar á la faz del mundo, que es mi opinion tan opuesta á la paternidad, que nada encuentro tan detestable en este valle de lágrimas como un niño desde que nace hasta los cinco años. Pasada esta edad de crísis, ya es otra cosa; los muchachos de uno y otro sexo hasta los quince años, son ya nada menos que insoportables. Mirabeau y Napoleon han dicho: «*Il n' y a de pères de famille véritablement heureux que ceux qui n' ont pas d'enfant!*

Todos saben lo que es un muñeco recien nacido. Desde que abre los ojos, no hace mas que desgañitarse llorando noche y dia, sin que nadie sepa por qué. Mas grandecito tiene la misma gracia, con solo la diferencia que ya entonces se sabe por qué llora el angelito. Unas veces porque tiene dolor de tripas, otras veces porque quiere que su nodriza le dé la teta, otras porque se le antoja romper los cristales de los anteojos de su padre, y otras en fin porque quiere que su madre le dé la luna que ve reflejar en algun arroyo. El gran Newton, tan aficionado como era á averiguar el *por qué* de las cosas, hubiérase dado por muy satisfecho siempre que uno de estos mocosuelos hubiese podido esplicarle el *por qué* de su frecuente chillar.

Cuando el niño entra en el segundo período, del

cual hemos hablado ya, esto es la edad de cinco á diez años, el que es de carácter alegre, comete sin cesar tan estrambóticas travesuras, que no hay aguante para ellas. La menor de ellas es atar á la cola de la perrita de su mamá un pucherito, y la desgraciada (entiéndase la perra) corre con su batería de cocina por esas calles de Dios hasta que suele ser víctima de las pedradas de otros angelitos no menos traviesos. Se me contestará que esta y otras travesuras son hijas de la mala educacion. Verdad es; pero ¿cuál es el niño que no esté mal educado? Fuerza es, sin embargo, confesar que hay ciertos padres que no permiten á sus hijos moverse de su lado, ni les dejan correr por las calles para abandonarse á los juegos de la infancia plebeya. Pero no por esto dejan los inocentes párvulos de hacer ostentacion de sus gracias. Que un caballero respetable por los años que cubren su rizada peluca llega á hacer su visita á la mamá de dos amables criaturitas. La niña empieza por empinarse por las piernas de aquel santo varon, y sentada en sus rodillas se divierte en estirarle su voluminosa nariz, mientras el señorito se sube por el respaldo de la silla, y levantando la peluca del paciente, le escupe en su venerable calva, tal como representa el grabado que va al frente de este número.

La tierna madre, feliz y orgullosa al contemplar la jovialidad de su prole, porque la jovialidad es indicio de salud, rie y celebra las gracias de sus querubines; y despues de haberles dejado martirizar completamente al pacífico ciudadano, dice al cabo de una hora: «Hijos mios, no seais molestos; acabareis por enojar tal vez á este caballero.» Y el caballero se ve obligado á contestar: «deje Vd. que se diviertan.»

La felicidad de esta tierna madre desmiente el dicho de Mirabeau y Napoleon, de que no *hay mas padres de familia verdaderamente dichosos, que aquellos que no tienen hijos.* Desdichados de los que tienen que hacer visitas á padres con angelitos.

WENCESLAO AYGUALS DE IZCO.

# SOLVENCIA.

## AL SR. D. ABUNDIO ESTOFADO.

AMADA de maldiciones, por Dios, que en verdad no necesito de ellas para estar mas enjuto que un espárrago. Es cierto que me hacia el sueco y procuraba divertirme á costa agena; pero aunque en eso no diera pruebas de tonto, no deja de ser un insulto á los Zorrillas, Bretones, Villergas, Izcos etc., aplicarme el título de *poeta*. Supongo que ese dictado será tan solo una chanza forense con que ha querido divertirse el infalible tribunal del AMBIGÚ. Me alegraré sin embargo que agrade á mis jueces la moneda con que pago la multa que se me ha impuesto, y que me dejen reir *de bóbilis bóbilis*, al menos por espacio de otro año.

MULTA.

*Por si es tuyo y por si es mio*
*el arco de un violin,*
*Pelayo y San Agustin*
*tuvieron un desafio;*
*pero en la orilla del rio*
*dieron con Ana Bolena*
*que peinaba la melena*
*al cantante Salvatori,*
*y entonando el gori gori*
*se fueron á la berbena.*

PAGO.

Reiase Deucalion
de ocho búfalos mellizos,
que se peinaban los rizos
para ir á una procesion;
y como era tan hombron,
dijo á la isla de Scio:
«Si es que no te causa hastio,
bebamos este hipocrás;
y no disputemos mas
*por si es tuyo y por si es mio.*»
Pero ¡cuál se puso Asuero
cuando vió que la Giralda
hacia fiestas en la falda
á su perro perdiguero!
Tuvo que acudir Lutero,
disfrazado de arlequin
y hablarles en mallorquin;
que á no ser así, el idiota
hubiera puesto en compota
*el arco de un violin.*
Mas con todo eso, Milonia,
que estaba cantando el chairo
en una plaza del Cairo,
muy cerquita de Sajonia,
se vistió de ceremonia
y dijo con retintin:
«¡Qué! ¿no llevan ya espadin,
y eso que almorzaron juntos
el dia de los difuntos,
*Pelayo y San Agustin?*
«No hay que andarme con misterios,
replicó el arte cisoria,
porque si me emboco en Soria
han de pasar lances serios.»
Entonces dos megaterios,
capitanes de navío,
afeitaron á Darío;
y por jugar al chaquete

con abarcas y roquete,
*tuvieron un desafio.*
Y Anás, constructor de fuelles,
puso espuelas á Ericina,
al Cáucaso papalina
y al mar Caspio zaragüelles.
Mas se rompieron los muelles
del cabriolé en que iba Clio
casi temblando de frio,
y mandó á un hombre del Vierzo
que la sirviera el almuerzo;
*pero en la orilla del rio.*
Entonces vió que un besugo
se paseaba muy ufano
del brazo con Domiciano
por el espolon de Lugo:
«¡Qué! ¿creeis que no madrugo?
(dijo con frente serena)
pues comience la faena»;
y poniéndose á buscar,
cerca de Galapagar
*dieron con Ana Bolena.*
Suspiraba Maquiavelo
cuando la nieta de Ayáx
puso dentro del carcáx
su gorro de terciopelo;
y haciendo un guiño á Metélo
que pespunteaba en Lucena
el corsé de una ballena,
le llevó hácia Jericó,
anunciándole en caló
*que peinaba la melena.*
Pues, como digo; el Correggio
se empeñó en tocar la flauta
con Jason el argonauta,
que se escapó del colegio.
«¡Usurpar mi privilegio
siendo del partido tory!»
esclamó la bella Clori;
y mirándole al soslayo
regaló su papagayo
*al cantante Salvatori.*
Pero se presentó Abél,
que entonces andaba á gatas,
y batió las cataratas
á la torre de Babél.
Púsole pleito un rabel
fiel de fechos en Bathori,
y le falló Muratori
mandando á la metonimia
que se fuese á la vendimia
*entonando el gori gori.*
Corrientes quedaron todos;
mas obstinándose Ovidio
en no pagar el subsidio,
apeló al rey de los godos:
este con muy buenos modos
se lo contó á Juan de Mena
arzobispo de Viena;
y despues de tanta bulla,
poniéndose una casulla
*se fueron á la berbena.*

VICENTE DIEZ CANSECO.

## VENTAJAS DEL QUE NO TIENE PIERNAS Ó DEL QUE LAS LLEVA DE PALO.

ARTÍCULO DE INTERES GENERAL.

Con manifestar los males sin cuento que acarrean las piernas, habré manifestado gran parte de las ventajas que tiene el que de ellas carece, y si á estos datos que se me ocurre llamarles negativos añado los positivos, es decir, los que tienden directamente á probar los beneficios debidos á la carencia de piernas, todas las sutilezas metafísicas con que mis antagonistas tengan á bien argüirme, todos sus sofismas y paralogismos se estrellarán en la fuerza de mis razones, y el mas reacio defensor de las piernas se verá obligado á desprenderse de sus errores, y á confesar paladinamente que su opinion opuesta á la mia no ha sido otra cosa que una paradoja ridícula. Para satisfacer mi vanidad esto será suficiente, pero no para satisfacer mis filantrópicos deseos, que solo quedarán colmados el dia en que vea emancipada de las piernas á la humanidad entera. ¿Llegará este dia feliz? ¿Llegará un dia en que convencidos los hombres de que las piernas, á que son deudores de tantos contratiempos, son un mero objeto de lujo, se convengan en pasarse sin ellas mal que les pese á los zapateros, á los medieros y á cuantos tienen una mina en nuestras calamitosas estremidades inferiores? Harto conozco el poder de la rutina; sé bien las dificultades con que tropieza el verdadero filósofo que se empeña en desterrar de la humanidad los defectos y vicios sancionados por costumbres añejas. Confieso que escribo este artículo con poquísima esperanza de obtener el resultado que me propongo. Ni uno solo de mis lectores, por valederas y convincentes que le parezcan las razones que yo alegue, se sujetará á la quirúrgica cuchilla, y alguno quizás se crea con derecho de decirme que este artículo no está dictado por una conviccion profunda, que está escrito sin religion de conciencia, puesto que siendo yo su autor no confirmo lo que en él digo con mi propio ejemplo. Sí, lo conozco, para probar la fé que tengo en mis doctrinas, yo deberia el primero esponerme á los dolores de una amputacion sangrienta; pero no lo hago porque por una parte no tengo necesidad de ello para dar fuerza á mis datos que son por sí solos bastante robustos, y por otra para dirigir á las piernas la catilinaria que se merecen, quiero tenerlas presentes, tenerlas conmigo mismo como un testimonio vivo y palpitante de mis penas y evitar de este modo que disminuya el horror que justamente me inspiran. Suele decirse que el que está ahito no se acuerda de los que no han comido, y esto me sucederia tal vez si yo careciese de piernas, no me acordaria de los desgraciados que las tienen, y á quienes trato de libertar de esta calamidad diciéndoles lo que Jesucristo á los apóstoles: «Haced lo que yo os diga, y no lo que yo haga.»

Antes de pasar adelante es necesario que mis

lectores y yo acordemos bajo qué acepcion vamos á tomar en este artículo la palabra *piernas*. Todos sabemos lo que por piernas entienden los anatómicos y los amigos de que se hable siempre con toda propiedad, pero á mí me conviene en esta ocasion dar á esta palabra la significacion colectiva que á menudo le da el vulgo, quien con ella suele designar las estremidades inferiores desde el tercio inferior del muslo hasta las últimas falanges de los dedos del pié. Despues de esta advertencia, me parece que puedo entrar en materia sin esponerme á malograr mi tinta, ni á fatigar mis livianos en meras cuestiones nominales. Tambien debo advertir que á pesar de tener en mi casa un diploma de médico y cirujano que á mi padre le cuesta bastante dinero y á mí no pocos exámenes, en cuanto me sea posible me abstendré de hacer uso de los términos técnicos del arte, porque yo quiero que me entiendan fácilmente todos los que en el mundo tienen piernas, aunque en su vida hayan respirado los fétidos miasmas de una sala de disseccion, ni hayan visto mas cadáveres que el del cordero de la Pascua y el del pavo de Navidad, ni hayan gastado un adarme de sebo consagrado á la lectura del Juan de Dios, del Nadal y Lacaba, ni de ninguna otra de las obras clásicas de anatomía descriptiva.

Si para rebatir á los piernófilos se me antojára echar mano de todos los argumentos que ponen á mi disposicion las piernas consideradas en estado patológico, es seguro que llenaria veinte numeros de La Risa, invadiendo hasta el sagrado terreno que para su ambigú se ha reservado el docto D. Abundio. Las piernas constan de huesos, de músculos, de nervios, de arterias, de venas etc. etc., y no es necesario decir mas para que el mas topo se haga cargo de cuan inmenso debe ser el número de enfermedades que son las piernas susceptibles de padecer. Yo no ocuparé de ellas á mis lectores, no les hablaré de las caries, aneurismas, varices y demas dolencias de que las piernas á menudo son víctimas, lo mismo que las demas partes de nuestro cuerpo que gozan de tegidos análogos; haré solo mencion de las enfermedades que ademas de ser muy frecuentes son propiedad casi esclusiva de las estremidades inferiores, y aun procuraré hablar de ellas muy someramente, porque estoy seguro de que consideradas en su estado normal ó fisiológico las piernas son por sí solas una calamidad terrible, aunque por una escepcion casi milagrosa se hallen libres de sabañones, de callos y demas plagas que á tantos hijos de Adan hacen avinagrar el gesto. Y si las piernas sanas y robustas que, sea dicho de paso, difícilmente se encontrarian dos en Europa, son ya una calamidad terrible ¿qué nombre daremos á las piernas averiadas, como generalmente lo son todas?

La dolorosa comezon que causan los sabañones deberia ser suficiente para declarar á los piés una guerra sin tregua ni cuartel. Bien es verdad que los habitantes del mediodía de América y otros paises que se puede decir que no tienen invierno, desconocen esta impertinente dolencia, pero gracias á sus piernas no les falta por esto con qué rascar, no les falten niguas y gengenes mas molestos si cabe que los sabañones, y que como estos fijan con predileccion en los piés su funesta residencia. Hasta ahora han sido ineficaces todos los remedios que la medicina, ó por mejor decir, que el empirismo y charlatanismo han preconizado para curar los sabañones; el agua de las lluvias de abril, aplicada en el momento mismo que acaba de caer, es lo que mejores efectos ha producido; pero yo afirmo que para la curacion de los sabañones de los pies la amputacion de las piernas es de un éxito todavia mas seguro. Esta es una curacion radical, con la que nunca tiene lugar la recaida.

Mas terribles aun que los sabañones son seguramente los callos, porque son mas dolorosos, invaden un número mayor de individuos, se aclimatan en todos los paises, y no ceden al influjo de ninguna de las estaciones del año. La curacion radical de estas molestas abolladuras, debidas principalmente al calzado, se obtiene tambien con la amputacion de las piernas. ¡Y todavia se ven piernas en el mundo!

¿Y qué diré de los uñeros que la propia esperiencia no lo haya hecho observar á mis lectores? Las uñas de los pies crecen y se prolongan sin cesar, sin cesar destruyen medias y mas medias, hasta que por fin encuentran en los zapatos un obstáculo que se opone á su curso invasor y las obliga á repiegarse. Entonces las uñas se doblan y contramarchan, y sus bordes libres vengándose en los dedos de la derrota que deben al calzado, se introducen en la carne de los infelices donde hacen un estrago sangriento. Esto es lo que se llama uñero, que solo se evita oponiendo con frecuencia las tigeras al rápido progreso de las uñas. Pero esto de cortarse las uñas del pié no es una operacion tan trivial como algunos se figuran; es operacion que para practicarla debidamente en ambos pies es casi indispensable ser ambidextro, que requiere tigeras muy duras y de muy buen temple, y que aun así á muchos les obliga á tomar pediluvios para reblandecer la sustancia cornea que debe cortarse. Y no es esto lo peor. Se necesita tener algo de culebra, se necesita una organizacion particular como la de Au-

riol, se necesita casi estar dislocado para no morirse de fatiga cortándose las uñas de los pies. Los hidrópicos, las embarazadas, en una palabra, todos los que estan dotados de voluminosa barriga deben fiar esta operacion á manos agenas, y como los pies en general son una cosa no muy limpia, no siempre se encuentra quien quiera encargarse de practicarla. Y si por casualidad se encuentra, nos esponemos á que la frialdad de la mano del operador ó su tacto indiscreto nos haga cosquillas ó nos cause alguna otra impresion desagradable que, no pudiéndola resistir, nos obligue á retirar el pié casi convulsivamente, y á que dejemos alguna vez en este movimiento brusco el dedo en lugar de la uña entre los filos de las terribles tigeras.

Los límites de este periódico me obligan á separarme del campo patológico y á llamar la atencion de la humanidad entera hácia los males que ocasionan las piernas, aun admitiendo la hipótesis de que esten dotadas de una salud perfecta. Creo que todos mis lectores tienen la costumbre de ponerse en camisa ó cuando mas en calzoncillos antes de acostarse, y que esta impertinencia diaria les sujeta á otra no menos molesta cual es la de tener todos

los dias que vestirse. ¡Desnudarse y vestirse! ¡Terribles calamidades que el estado social ha legado al hombre para hacerle envidiar la suerte de los indios bravos, de los hotentotes y hasta de los mismos irracionales, que sin desabrocharse el corsé ni quitarse la levita, y que sin calzarse las botas, ni hacerse el lazo en la corbata, apenas se levantan están dispuestos á salir á la calle seguros de que sus semejantes no les han de poner en ridículo. ¿Por qué al nacer no nos otorgó la naturaleza una concha como al carey, una piel como al oso, un plumage como al águila, ó una cubierta escamosa como al cocodrilo? ¡Inútiles quejas! Estamos condenados á desnudarnos y á vestirnos todos los dias, y seriamos muy criminalmente orgullosos si intentásemos revocar este terrible fallo de la civilizacion. Pero al menos ya que el desnudarse y el vestirse es un trabajo ímprobo de que no nos permite la sociedad eximirnos ¿por qué no procuramos en lo posible simplificar tan engorrosa operacion? La amputacion de las piernas la simplificaria considerablemente. Ella nos evitaria la molestia de ponernos las medias y los zapatos, ella nos emanciparia de la tiranía de las ligas, que, como nos manifestó un dia Abenamar refiriéndonos un hecho práctico, han dado alguna vez motivo á catástrofes sangrientas; ella en fin desterraria de nosotros las esclavizadoras trabillas, que con mucha razon ha incluido el Sr. Manzano en el catálogo de las calamidades públicas al mismo tiempo que el Sr. Casilari las ha celebrado como una cosa escelente. Yo creo como el Sr. Manzano que las trabillas son un mal grave, pero creo como el Sr. Casilari que mientras haya piernas debe haber trabillas. Quítense las piernas, y las trabillas caerán, como suele decirse, por su propio peso.

Mirando la cuestion bajo un aspecto económico, creo que no habrá un solo padre de familia que no considere las piernas como uno de los objetos que mas contribuyen á aumentar el presupuesto de los gastos domésticos. El que tiene muchos hijos y les ha de alimentar con el sudor de su rostro, es imposible que quede bien con el zapatero si come algo mas que sopa y cocido. Y agréguese á esto el limpiabotas ó un criado que haga las veces de tal, pues de uno ú otro hemos de valernos, so pena de estrenar calzado todos los dias, lo que es muy gravoso, ó de limpiárselo uno mismo, lo que es muy molesto, ó de llevarlo sucio, lo que si bien es lo mas fácil es tambien lo menos decente. Y luego las medias. Dios sabe al cabo del año cuantas cifras ha añadido al presupuesto el jabon con que se han lavado y el algodon con que se han remendado.

Tambien las ligas cuestan dinero, pero no es en verdad el dinero que cuestan lo que tan odiosas las vuelve á los ojos de todo hombre filantrópico, sino la dificultad de mantenerlas en su justo término de suerte que no se escurran por estar flojas ni sieguen la pierna por estar demasiado apretadas. Yo, lo confieso, soy enemigo irreconciliable de las piernas, pero no por esto quiero que se las martirice, que se las dé continuamente garrote; condéneselas á la última pena, pero no se las ponga en tortura como á las víctimas de Torquemada. El espíritu del siglo proscribe tamañas atrocidades. Por lo demas, conozco que son altamente criminales. ¿Qué castigo imponen las leyes vigentes á los que encubren malhechores? Por terrible que sea debe aplicarse á las ligas. ¿No dan acaso guarida á los atroces vichos que de sangre y solo de sangre se alimentan? Todo el mundo conoce que aludo á las pulgas, cuyo nombre no me parece decente mencionar en este grave artículo.

Pero de las ligas debe decirse como de las trabillas que son un mal, pero un mal necesario, un mal que durará tanto como nuestras medias, como nuestras piernas. ¡Abajo pues las piernas!..... ¿Te horrorizas, lector? Me parece que estoy oyendo los argumentos con que tratas de defender á esas enemigas del género humano. *¿Cómo andariamos sin piernas? ¿qué pareceriamos sin piernas? ¡Cuánto padeceriamos si nos cortasen las piernas!* ¿No son estos los argumentos capitales con que piensas reducir á polvo todas mis pruebas, y cuya solucion esperas seguramente antes de llamar al cirujano para que proceda á la amputacion? Pues ya puedes llamarle desde luego, porque tus argumentos van á quedar bien pronto desvanecidos. *¿Cómo andariamos sin piernas?* ¿Y qué? ¿crees acaso que trato de reducir á los hombres á la triste condicion de reptiles? Nada de eso: quiero reemplazar sus piernas naturales ó de carne y hueso con piernas de palo, cuyas inmensas ventajas prometo manifestarte en otro artículo. *¿Qué pareceriamos sin piernas?* ¡El hombre siempre el mismo! ¡Siempre sacrificando su bienestar á la vanidad y al capricho! ¿Crees acaso que cuando todos nos hayamos acostumbrado á prescindir de las piernas naturales, las echaremos alguna vez de menos? Sucederá con ellas lo mismo que con los pelucones. Todos sabemos el sentimiento con que nuestros abuelos se desprendieron de sus empolvadas coletas; muy ridículos debian parecer los primeros que parecieron en Europa con el cabello raso, pero la moda fue cundiendo, la práctica tardó muy poco en confirmar la bondad de la teoría coleticida del gran Bonaparte, y en la actualidad las coletas tan decantadas en otros tiempos son un objeto que toda la Europa culta ridiculiza. Porque todo se doblega al imperio de la moda; todo al fin y al cabo lo resuelve el gusto de la mayoría. Si casi todos los hombres fuesen jorobados, los que hasta ahora han tenido fama de bien formados parecerian ridículos y se les llamaria contrahechos. Si casi todos tuviesen un solo ojo en la cara, dos ojos seria una imperfeccion, así como ahora lo son tres. No hay pues que darle vueltas. Perfeccion será el no tener piernas el dia en que nos convengamos todos en pasarnos sin ellas. Todo depende del hábito de ver las cosas de este ó del otro modo. A nosotros nos parecen hermosas las mugeres que tienen un cútis fino y delicado, y en algunos paises salvajes se las aplican instrumentos cortantes y cauterios para llenarlas el rostro de cicatrices y desigualdades. A los europeos nos parecen bien los pendientes colgados del lóbulo de las orejas de las mugeres y al efecto se las agujereamos; á los indios les parece bien que ostenten sus mugeres una sortija en la nariz y al efecto taladran la ternilla que forma el tabique. ¿Y todo por qué? Porque á menudo los gustos son hijos de la fuerza de las costumbres. Cuando casi nadie tenga piernas, ¡cómo nos burlaremos de los pocos que las tengan!

Terminaré este artículo que se va haciendo demasiado largo allanando la última dificultad que me presentas. *¡Cuánto padeceriamos si nos cortasen las piernas!* Si estas palabras fuesen valederas, en verdad que todos los cirujanos serian supérfluos, porque ¿cuál es la operacion quirúrgica que no causa dolores mas ó menos atroces? Pero al practicarse una operacion, se comparan los dolores con los resultados que por su medio se obtienen, y es así como los enfermos se sujetan á ella. El que tiene un labio ó un pecho cancerado consiente que le corten el labio ó el pecho; el que tiene una mano gangrenada consiente que le amputen el brazo; el que tiene una muela cariada consiente en quedarse con una menos. Lo mismo y con mucha mas razon debe aplicarse á las piernas. Por cruda y dolorosa que sea su amputacion, ¿quién no la sufre gustoso haciéndose cargo de las inmensas ventajas que con ella reporta para todo el resto de su vida? Estas son razones indestructibles que han de convencer á cualquiera, por

lo que, lector, repito que llames desde luego al cirujano y que sufras con resignacion los tormentos que te ocasione su mano salvadora. Armate en seguida de unas piernas de palo, cuyas ventajas probaré en mi siguiente artículo, y verás lo que es bueno. A. Ribot y Fontseré.

## CALABAZAS.

Á MI AMIGO D. F. REVILLA VILLA.

D. Cándido y D. Críspulo.

Preciso será que un tósigo
dé á mis penas fin, Don Cándido!
—¿Cómo, mi amigo Don Críspulo,
tan furibundo y volcánico?
Ese semblante tan tétrico,
tan renegrido y tan pálido;
ese mirar tan diabólico;
ese alentar tan asmático,
Qué están ¡Santo Dios! diciéndome?
—Que estoy arrojando bálago,
de furor; que estoy colérico,
loco, sin seso, venático,
arrebatado, hidrofóbico,
hecho un veduino, un vándalo....
Sí! que mi furor sin término
no cabe en humano cálculo!
—Yo estoy, Don Críspulo, atónito,
petrificado y extático...
tiene usted jaqueca? ¡pésame!
¿tal vez dolores reumáticos?
Ay! cuanto lo siento, cólega!
ese semblante tan cárdeno!...
Mas, ya entiendo.... acaso un cólico....
¿se le indijestó el yentáculo?
No ha rompido usted en vómitos?
Ah! los alimentos cálidos....
ya! pues.... sin duda los nísperos
del otro dia tan ásperos....
Ay! qué alimentos tan pésimos!
¡que no se sequen los vástagos
en los maléficos árboles
de frutos antivitálicos!
Yo, como amigo solícito,
como una centella rápido,
á buscar iré á los médicos,
¡mas ligero que un relámpago!
Para que le sangren, súbito,
y le apliquen luego un cáustico,
y en el vientre una cantárida,
y si hay heridas, un bálsamo....
Sin un momento de pérdida,
voy, sin andarme en preámbulos,
por todos los adminículos,
y, de paso, traeré al párroco,
porque, si repite el vértigo,
no muera sin el viático....
no lleguemos tarde.... ¡ay mísero!
voy al vuelo, como un pájaro!
—Hombre ó demonio, deténgase!
¿adonde va usted, gaznápiro?
Yo no necesito píldoras,
facultativos.... ni rábanos!
¿quién le ha dicho á usted, estólido,
quién le ha dicho, alma de cántaro,
que yo esté febril, hidrópico,
dolorido, ni flemático?
¿Quien le ha hablado á usted de músculos,
ni de tumores linfáticos,
ni de heridas, ni tubérculos?
no es ese mi mal, seo zángano!
—Pues, cual es entonces?
—Cólera
que no me cabe en los ámbitos
del pecho; que estoy frenético,
del furor en el pináculo....
Sí!... que estoy hecho un cernícalo!...
venga en el instante un cáñamo
¡nadie contenga mis ímpetus!
que he de hacer un hecho trágico!
—Venga usted acá, energúmeno!
—No me sirva usted de obstáculo!
—Adonde va usted Junípero?
—Voy.... á colgarme de un álamo!!
Estoy hecho un antropófago....
tengo el infierno en el cráneo....
voy á poner fin ahorcándome
á este tormento tan bárbaro!..
—Qué va usted á hacer? misérrimo!
desaloje usted del ánimo
ese proyecto Iscariótico
antivital y satánico....
—No, que fijo en mi propósito,
hoy mismo he de hacerle práctico!
hoy mismo á la tumba fúnebre,
bajaré contento, plácido....
porque en esta vida mísera,
solo veo un triste páramo....
solo tormentos sin término
en sus intrincados ángulos!
—Me ha dejado usté, don Críspulo,
mas helado que un carámbano!
Yo no le entiendo una sílaba
de ese lenguage enigmático...
—Ufff!!! qué hombre tan estúpido!
Es usted como un galápago!
Hombre, tortuga, ó murciélago,
¿hablo yo acaso en arábigo?
No ve usted mi cuerpo trémulo,

cual si estuviera perlático?
No ve usted candentes lágrimas
que se asoman á mis párpados?
Y esta sonrisa sardónica
que vierten mis labios cárdenos?
No ve usted mi rostro irónico
donde está pintado el tártaro?
Pues bien... todos estos síntomas...
huelen á muerto!!!
—San Lázaro!
—Ay amigo, esto es verídico!
me horroriza este espectáculo
tan sepulcral y tan lúgubre!
Veo un color funeráreo
en mi faz; veo en mis órbitas
los cristales ya diáfanos;
veo, en fin, un hondo túmulo
que me ofrece receptáculo...
¡Ay qué espectros, ay qué imágenes
veo en mi contorno erráticos!
—Eso pende del estómago:
son vapores hipogástricos
que se suben del ventrículo...
Ufff!... los alimentos ácidos!...
Eso de comer sin método
ataca al sistema orgánico...
Ah! y usted que es un gastrónomo,
un segundo Heleogábalo!...
Por comer coles en miércoles,
y lacticinios en sábado,
la justicia del Altísimo
tiende sobre usted su látigo.
—Hombre... por todos los ángeles!
no me venga con oráculos!
porque él blasone de místico
no quiera hacerme fanático.
Pues que tiene don profético,
vista el hipócrita un hábito,
vaya á predicar á un púlpito
á las viejas y á los párvulos.
A mí me viene con pláticas
el solemnísimo zángano?
¡Deje al punto mi cubículo,
ó si no con este báculo...
—Por vida de San Hermógenes!..
Voy al corral por un cáudalo!
A mí me viene con ínfulas?
Me amenaza? ¡Voto al chápiro!
¿Así quebranta los vínculos,
que nos unen, escolásticos,
un antiguo condiscípulo?
Viéndolo estoy... y dudándolo!
—Ah! qué dije?... ¡soy un rústico!
Perdóneme usté, D. Cándido.
El estado de mi espíritu....
Confieso que soy... un bárbaro!
Si le he dicho injurias... pésame!
no son hechos espontáneos...
Porque estoy como una pólvora,
loco, furibundo, rábido!...
Ufff! y todo pende, cólega,
de que me dan... ¡ay! ¡qué tártago!...
CALABAZAS!!!!
—Fruta insípida!
Mas me gustan los espárragos!
Pero es pectoral y tónica...
—Hombre! no sea usté tábano!
Quiero decir que una pérfida
que yo adoraba fanático,
me ha despreciado impolítica,
Me ha dicho que ¡NO!
—Acabáramos.
Yo rio, como un Demócrito!
—Yo, lloro como un Heráclito!
—Con que nacen de una sílaba,
hombre pueril y maniático,
esos *ayes* tan histéricos
con que se parece á un náufrago?
—Sí, señor!... y ya es el único
remedio á dolor tan máximo,
*la muerte!!* y ansioso búscola;
vénga en el momento un cáñamo!
Nadie contenga mis ímpetus!
Voy á colgarme de un álamo!
Voy á poner fin, ahorcándome,
á este tormento tan bárbaro!
—Es un proyecto Iscariótico...
antivital y satánico...
—Entre convulsiones hórridas
quiero descender al Báratro...
Pues me arrancaré los hígados!!
—Y le llamarán romántico!
—Antes... los ojos!
—Magnífico!
Yo le sostendré los párpados.
—Venga un puñal!
—Venga un féretro!
—Un verdugo!
—Un subdiácono!
—Rotas estallen mis vísceras!
—Suenen los fúnebres cánticos!
Y con gestos despidiéndose
de Demócrito y Heráclito,
partieron los dos acólitos
cada cual á su habitáculo.
Y aun existe allá en Arévalo
quien presenció este diálogo
entre el pobre de Don Críspulo
y el socarron de Don Cándido.

E. FLORENTINO SANZ.

# AMBIGÚ.

*Faisan.*

Digan lo que quieran los aficionados del faisan, no debe dejársele poner muy manido, porque el mejor modo de prepararle es en el asador: despues que se le ha mechado finamente, se envuelve su cabeza, y las plumas de la cola con un papel para que puedan conservarse, y se le presenta con todos sus adornos en una mesa, donde es digno de los primeros honores.

*De otro modo.*

Mechado el faisan con criadillas, se pasarán otras con manteca, y sazonándolas, se sacan al cabo de algunos minutos, y se dejan enfriar, añadiendo veinte y cinco ó treinta castañas asadas. Se llena con todo esto el cuerpo del ave que se cubre con lonjitas de ternera ó de cordero, sobrepuestas de otras de tocino, y se coloca en una vasija sobre otras lonjas; á todo se le echa vino de Málaga, y cuando está suficientemente cocido, se retira, se desengrasa el cocimiento, y se añaden rebanadas de criadillas, engruesando la salsa con algunas castañas majadas y hechas polvo.

*Tordos.*

Este es un manjar escelente y bueno durante las vendimias. Para aderezarlos se les envuelve en hoja de vid; y como no hay que destriparlos, tienen el mismo guiso que las becadas.

*Tordos en vinagre.*

Despues de haberles quitado la cabeza y las patas, se les pone en las parrillas ó en el asador, de modo que se tuesten á mitad, para que concluyan de sazonarse en el vinagre condimentado con hojas de laurel y especias en suficiente cantidad. Despues se ponen en una vasija, y se echa encima salmuera caliente, cubriéndolos con una capa de grasa. Cerrada herméticamente la vasija con una vejiga ó pergamino, se colocará en un sitio fresco y á la sombra. Aun se comen los tordos buenos durante todo un año cuando se han preparado de esta manera.

*Gazapo.*

El gazapo se distingue del conejo, así como de la liebre. Hay algunos sitios en donde se crian mas escelentes que en otros; pero tambien puede hacerse muy delicado el conejo doméstico manteniéndole durante una quincena antes de matarlo con plantas aromáticas, como serpol, romero, salvia, albahaca etc., ó echando cuando cueza un ramillete de meliloto ó corona de rey; y si es en el asador, introduciéndoselo antes en el vientre.

*Patas de conejo cocidas y fritas.*

Se hace con ellas un cochifrito sin añadir mas que un ramillete de peregil, y cuando estan ya á punto se engruesa la salsa con yemas de huevo; se envuelve bien cada uno de los trozos con ella, colocándolos en un plato para enfriarse. Despues se meten en miga de pan; se coronan con huevo, y volviéndolos á empanar, se echarán á freir para servirlos con peregil.

*Las mismas en papel.*

Se les quita el hueso, y se hacen revenir en manteca: cuando estan ya cocidas se retiran, añadiendo á la manteca que queda setas, ajos y peregil picado. Se polvorean despues con una cucharada de harina, y se les pone el caldo, habiéndolas tostado de antemano en un papel dado de manteca.

*Gazapo en papel.*

Se cortará el gazapo en trozos que se cocerán con manteca, y despues se pondrán en cajetines de papel, con relleno compuesto de yerbas finas, el hígado del mismo gazapo, y dos yemas de huevo para darle consistencia. Con este relleno se cubren los intervalos de la caja, y se tapa todo con lonjas de tocino y un papel dado de manteca. De este modo se pone en el hornillo, y antes de servirlo se le quita la grasa, y se le acompaña con una salsa italiana.

*Gazapo frito.*

Se pone en adobo de vino blanco despues de haberle cortado en trozos: al adobo se añade el zumo de limon, tomillo, laurel, ajo en pedacitos, sal y pimienta; al cabo de dos horas se escurren, se echa en harina desleida, y se frie. Se sirve con una salsa picante.

*Gazapo en parrillas.*

Se le abre á lo largo despues de destripado, y aplanándole con el machete, se le pone en la parrilla, rodeado de una hoja de papel dado con manteca. Cuando esté á punto, se quita el papel para servirle mezclado con yerbas finas ó con manteca de anchoas, si se la tiene á mano.

*Turrajas de conejo.*

Se hace el picado como se indica en el artículo del picadillo de conejo, dividiéndolo en porciones del tamaño de una nuez: cuando estan frias se rebozan con miga de pan, y se vuelven á empanar con huevo; se echa á freir, y se sirven con peregil frito.

MADRID.—1844.

IMPRENTA DE LA SOCIEDAD LITERARIA.—WENCESLAO AYGUALS DE IZCO.